

Dario Harjaček

Sanjica Lacković (Novela en catorce cuentos)

Traducción del croata: Draženka Milovanović

PRIMERA PARTE

PRIMER CUENTO

En el que Petar— Krešimir Vitez (P) narra su revolución sexual personal en la ciudad del barroco, las flores y la música durante el período histórico de nacimiento del estado independiente croata (1990— 1993).

SEGUNDO CUENTO

En el que gradualmente, a través de Petar— Krešimir Vitez, nos trasladamos a la periferia de la ciudad del barroco, las flores y la música, donde Sanjica Lacković en su diario nos familiariza con la importancia de la cría de cerdos en hogares durante los treinta años de la existencia de la población detrás de la fábrica textil.

TERCER CUENTO

En el que Petar— Krešimir Vitez expone algunas observaciones generalizadas y poéticas sobre la música del año 1994, cuando vive su primera experiencia sexual acompañada de la recién estrenada sensación de la inferioridad social.

SEGUNDA PARTE

CUARTO CUENTO

En el que se habla sobre cómo el año 2016 dos compañeros, un dramaturgo (Petar— Krešimir Vitez) y un actor (Goran Podolnjak), coincidieron en la unidad de tratamiento y rehabilitación de la depresión.

QUINTO CUENTO

En el que se habla sobre el amor como el mayor don de la Divina Misericordia. Una variación sobre el tema de Sonata de Otoño. El fantasma del padre de Hamlet.

Anotaciones tras ingreso en el hospital.

SEXTO CUENTO

En el que los muertos salen del piano. Sanjica Lacković cuenta sobre los días pasados en la casa de la abuela de Podolnjak. Un sueño. Goran Podolnjak tiene doce años.

SÉPTIMO CUENTO

En el que se habla sobre la letal influencia de la oligarquización sobre el desarrollo moral de los jóvenes artistas en la República de Croacia. Hay también una escena de sexo anal en el baño. Todo lo que sucedió en la vida de P. desde 1995 hasta 2016.

OCTAVO CUENTO

En el que se narra sobre el modo cómo la clase obrera pronuncia la palabra *lujo* el año 1969 y cómo la misma palabra resonará veinte años más tarde como destino del tiempo. En el segundo capítulo aparece el motivo del romance lésbico inapropiado entre la profesora y su alumna.

NOVENO CUENTO

En el que Goran Podolnjak descubre que es un puto cobarde.

DÉCIMO CUENTO

En el que se habla de trabajadores, mujeres, abortos. Sanjica Lacković describe un jardín de gozo al principio de los setenta. En algún momento se cita la letra de la canción popular

amorosa de Peter Maffay "Du". Superioridad existencialista de nuestros trabajadores que laboran temporalmente en los países occidentales, capitalistas.

TERCERA PARTE

DECIMO PRIMER CUENTO

En el que se habla de opiáceos, Bleiburg y un abrazo inesperado ente hermano y hermana.
Corre el año 1996.

DECIMO SEGUNDO CUENTO

Epílogo de la Primavera Croata.

DECIMO TERCER CUENTO

En el que Goran Podolnjak familiariza a los lectores con el momento de su definitivo colapso mental. La muerte del padre. Renacimiento del nacionalismo en el mayor nivel de la política cultural del Estado.

DECIMO CUARTO CUENTO

En el que se discute sobre el momento cuando el pasado y el presente confluyen en un único lugar. El hospital.

They fuck you up, your mum and dad.

They may not mean to, but they do.

They fill you with the faults they had

And add some extra, just for you.

But they were fucked up in their turn

By fools in old- style hats and coats,

Who half time were sappy- stern

And half at one another throats.

More hands on misery to man.

It deepens like a coastal shelf.

Get out as early as you can,

And don't have any kids yourself.

Philip Larkin, "This Be the Verse"

PRIMERA PARTE

Primer cuento

En el que Petar Krešimir Vitez (P) narra sobre su personal revolución sexual en la ciudad del barroco, las flores y la música durante el período histórico de nacimiento del estado independiente croata (1990—1993).

1990

Formaron un círculo. Nos cercaron como dos perros de lucha. Un perro enseñaba los dientes. El otro era yo.

— ¡Dale al cura! ¡Vamos!

— Cura, ¿lo vas a confesar? (risas)

— ¡Rocíale! ¡Con esperma! (risas)

Me llamaban también párroco.

— ¡P. será párroco! ¡El mismo lo dijo! ¡Alabados Jesús y María! ¡Alabados Jesús y María!

Aturdido, golpeaba sin cesar con el puño cerrado la cabeza del chico que me estaba embistiendo. Tras unos instantes, una gota de sangre empezó a deslizarse por su barbilla. Cambió de opinión. Quería huir. Hasta rompió a llorar. Pero la ira me impulsaba ahora a mí a atacarle. ¡El Párroco se ha vuelto loco! Le tumbé al suelo y le golpeé con el pie en el vientre. Le empotraba la cabeza en el asfalto. Golpeaba. Golpeaba. El niño lloraba. Chillaba. Los demás reían.

Se acercaron también los adultos. Gritaban, mientras me quitaban de encima.

— ¡Ha empezado él! ¡Ha empezado él!— repetía sin cesar.

Tenía pánico.

Era el centro de toda la atención.

Llegaron unos chicos mayores en bicicleta y preguntaron qué había pasado. Ellos corrían por las calles todo el santo día y arrancaban los carteles del Partido Comunista, ahora Partido de Cambios Democráticos, de los postes publicitarios, paneles y muros.

Encima del cartel estaba escrita la palabra HONRADAMENTE.

Yo también quitaba los carteles. Decían que el chico de apellido Šmic en un día arrancó unos treinta. Había muchísimos carteles. No lográbamos romper todos los que ellos podían pegar.

El verdadero párroco también golpeaba frecuentemente. Repartía bofetadas, tiraba de las orejas. Una vez, abriendo las cortinas del escenario de la sala de religión, Šmic presentaba una estúpida obra mientras esperábamos el inicio de la clase. Nos hacía reír. No se dio cuenta de que el párroco hubo entrado. El párroco escuchaba:

La niña cogía fresas,

Algo la pinchó.

Pensaba que era una polla.

Šmic se colocó el paraguas como si fuera un gigantesco pene erguido. Al ver al párroco, se calló inmediatamente. Se avergonzó y se puso colorado. El reverendo párroco se le acercó. Le molió a golpes. No furiosamente como yo. Su puño golpeó con más humildad, importancia e instrucción. Una hora dictando el Catecismo de la Iglesia Católica. Siempre leía muy rápido, posiblemente más rápido aún para vengarse de todos nosotros. Le irritaba nuestra despreocupada propensión al pecado. Yo también pensaba que todos ellos eran viles, así que me complacía su poder. Estaba de su lado. Al final de la clase me dolía la mano. Miré y me di cuenta de que no entendía lo que había escrito. Afortunadamente, en casa teníamos un Catecismo impreso. Escribía porque no quería alardear diciendo que tendíamos este libro. "El reverendo seguro se lo sabe todo de memoria," así me lo decían al ver que yo no escribía mientras ellos sufrían. En unos meses recibiríamos el sacramento de la Santa Confirmación. Los confirmandos siempre estaban sentados en las primeras filas en la iglesia durante misa para que el párroco pudiese

contarlos. Si no, muchos hubiesen mentido de haber asistido. Y no lo hicieron. Las chicas estaban a la izquierda y los chicos, a la derecha. Cuando rezaba, con entusiasmo miraba al techo. A los cielos.

En la escuela la tutora me avisó que tenía que visitar al camarada pedagogo.

— ¿Por qué te peleas? ¿Te parece bonito?

Lloro. Me justifico.

— ¡Yo nunca me peleo! ¡Nunca! ¡Los demás lo hacen! ¡Siempre hay alguien que me quiere pegar!

El pobre a quien le di la paliza era por lo menos una cabeza más bajo que yo. Estaba en quinto curso. Yo en séptimo. Era menudo, delgado y peleón. Pequeño gallito de pelea. Hoy es dueño de taller de tubos de escape que heredó de su padre. Lo encontré una vez. Le recordé del suceso de la infancia. Le dije que a menudo pensaba sobre lo que había ocurrido y que, quizás, si no nos hubieran separado, le habría matado. O, al menos, no habría dejado de golpearle hasta pensar que hubiera muerto. No sé qué me había pasado. Estaba totalmente enajenado. Le dije que en aquel momento me parecía que tenía todo derecho de matarlo. Que se merecía morir. El solamente se reía con cara de lelo. Quizás ni siquiera se acordaba. Sucedió eso inmediatamente antes de la guerra. Después de haberle dado la paliza, la satisfacción no duró mucho. Vino un gran vacío.

Mi padre me pegó con una zapatilla en el culo a la vuelta del cole. La madre del niño fue a nuestra casa. Dijo que su cuerpo estaba cubierto de cardenales. La cabeza llena de arañazos. Para aumentar el efecto, mencionó que sufría de arritmia cardíaca.

— ¡Ellos me perseguían! ¡Ellos no me querían dejar ir hasta que pelease con él! ¡Me cogieron cuando quise huir! ¡Él me atacaba a mí!

El padre me dijo: "Si te maltratan, ¿por qué no me lo dijiste a mí? ¿O a Višeslav?" Era mi hermano. El mayor.

Tenía miedo. Así respondí. Mientras pensaba: *Tenía vergüenza. Me avergonzaba mi familia. Me avergonzaba cómo vestían. Tenía la sensación que se reían de nosotros por ello.*

Držislav, otro hermano, cubrió con pegatinas la estrella roja de las placas de matrícula de nuestra furgoneta que desde hace dos años dormía inmóvil en el patio.

Toda la ciudad esperaba con ganas el gran renacimiento. Se notaba. ¡No habría más comunismo! ¡Ahora éramos croatas! ¡Lo que desde siempre hemos sido! De mi padre decían que era un “gran croata”.

Omití la pelea en la siguiente santa confesión. Temía confesarlo. Además, estaba convencido de mi inocencia. Me forzaron. Al pecado. Pero a la vez sentía que traicioné a Jesús. Los remordimientos no cesaron durante días. Así era la vida en el pecado.

En la escuela, los valientes o solo un poco más valientes, tocaban los pechos y el culo de las chicas. En el descanso y antes de las clases metían la mano entre sus piernas y apretaban mientras ellas se retorcían como carpa sacada del estanque. Eso se llamaba sobeteo. Negándome a hacerlo, les demostraba mi respeto hacia ellas. Veía en ello mi única oportunidad. Todas ellas me llamaban empollón.

Muy a menudo iba en bici al río.

— ¿Es verdad que vosotros rezáis antes de comer?— preguntaban las niñas.

—Únicamente la hermana mayor. Los demás solamente nos santiguamos.

Me miraban como si perteneciera a una secta. En sus casas nadie rezaba nunca antes de comer. Solo una niña mencionó que su padre colocaba la palma derecha de su mano en el corazón cuando tocaban el himno. Estaba enamorado de ella. Por la noche imaginaba que le besaba los senos en la orilla del río. Le quitaba el bañador mojado después de nadar. Me sentía como si volviera a nacer. Frotaba mi pene duro contra el colchón. Quería retener esta imagen para siempre delante de mis ojos. Una vez vi los senos desnudos de mi hermana, al pasar por su cuarto. Pequeños, cónicos, armoniosos en su esbelto cuerpo. Chilló y con un gesto rápido se tapó con una camiseta arrugada. Desde entonces no tenía paz. La idea de que hubiese podido tocarlos, amasarlos, la idea de que hubiese podido

volver a verlos no me deja dormir. Me invadía un intenso deseo de mirar a través de la cerradura cuando mi hermana se iba al cuarto de baño.

El padre nos recordó que Laci había invitado a todos a un aula del obispado a su primera conferencia dentro del programa de propagación de la castidad prematrimonial. El padre lo llamó "aquella charla de Laci a la que nos pidió a que asistiéramos" a secas. Le pregunté de qué se hablaría. "Es una reunión para jóvenes," me respondió.

Laci estaba a punto de licenciarse en violín. Su derecha estaba dedicada exclusivamente al arco, bromeaban algunos. El padre de Laci era uno de los impulsores del conservadurismo en nuestra ciudad, llamada la ciudad del barroco, las flores y la música. El padre de Laci tenía seis hijos. Era un prestigioso cirujano, político, benefactor y director del coro de la Catedral. Su hijo mayor seguía fortaleciendo los cimientos de la vida tradicional. Igual que en nuestra familia, sus hijos también mayoritariamente eran músicos.

¡Glorifiquemos a Dios y respetemos nuestro cuerpo! Laci estaba delante de nosotros con tiza en la mano y presentaba el programa, que llevaba dando excelentes resultados en América desde hacía varios años. En Austria había hecho un extenso curso en idioma alemán. El programa, que se llamaba Teen Star, se expandía entonces por Italia. Laci hablaba sobre el respeto, la fe y la persistencia. Estaba relajado. Por su aspecto y vocabulario pertenecía a los jóvenes. Hablaba sobre la capacidad seductora del mundo, de los medios, hablaba sobre las presiones de los que nos rodean, sobre pornografía. Para la chica, su virginidad era sagrada; la mayor felicidad, el matrimonio.

El padre estaba sentado en la última fila. Mis dos hermanas y yo estábamos con nuestro grupo de catequesis "La Zarza Ardiente". Tras cada frase de Laci, la mirada se me iba hacia mi padre. Su cara era inexpresiva. Laci anunció que iba a organizar talleres. Para enseñarnos la abstinencia sexual, suponía. Nos animaba a traer a los amigos.

Observaba esta apariencia segura en sí misma. En la comisura de sus labios brillaba el blanco de la saliva reseca. Me producía risa pensar que se había dejado desabrochado el último botón de la camisa a posta.

Al terminar, pregunté a mi padre que qué tal le parecía la charla. "Pues ves que en Italia y en América eso...", farfulló.

¿Quién era yo entre todos ellos? Yo, que era vicioso. Yo que era pecador. Yo. Yo. Yo. Y la zarza ardiente para mí era solo el sexo femenino llameante. Me masturbaba en la cama. Las sábanas estaban llenas de manchas reseca. Mi madre se limitaba a susurrar tontamente que ¡quién lo iba a lavar todo esto!

Había renunciado a la idea de ordenarme sacerdote. Había renunciado hasta a la idea de creer en la existencia de Dios. Durante mucho tiempo, mucho tiempo, había vivido sin Dios. Porque ellos me convencieron que si Dios existe, entonces solo podía ser su Dios—Dios de los blanqueados, Dios de los que juzgan, Dios de los santos de madera, Dios cuya palabra cobraba forma a través de la boca de Laci con la saliva reseca en la comisura de sus labios. Un Dios un tanto patético.

No pertenecer resulta un alivio. Placer. Descubrimiento.

1992

Mi padre llamaba biblioteca a la estantería de libros de nuestra casa, ubicada en el piso superior del gran edificio barroco que ocupaba toda la esquina de una manzana, que nos fue confiscado al final de la Segunda Guerra Mundial y cuya devolución esperábamos en vano, como si fuera cuestión de días, con la llegada del nuevo régimen. Esa estantería, esa librería estaba pegada a mi cama. En cada libro en la página del año de su nacimiento puso sello que rezaba: Biblioteca Trpimir Vitez. Me convertí en un lector apasionado. El misterioso placer de la lectura. Leía todo lo que cae en mis manos. Leía, leía. Y me la cascaba. Leía y me la cascaba.

Compartía el cuarto con mi hermano Tomislav. Pero él entonces estaba en la guerra. Apenas tenía dieciocho cuando se fue.

El padre empezó a sacar algunos libros y luego los quemaba en la estufa. Ardían los libros junto con todo lo que estaba escrito dentro, mientras yo del montón rescataba algunos dramas selectos de Beckett y Brecht. En la portada estaba escrito fonéticamente, tal y cómo se pronunciaba, con letra grande: Bertold Breht. Semjuel Beket.

—La quema de libros. ¡Bravo, papá!

— ¿Para qué los queremos? ¿Quién los va a leer?

— ¡Yo! ¡Yo los leeré, Führer!

Agarré un montón de libros y con rabia salí con ellas de la habitación y los tiré encima de mi cama.

— ¿Y ahora qué? ¿Me mandarás al campo de concentración?

Me reprochó que debería tener vergüenza, a lo que le pregunté que cómo estos mismos libros no le estaban molestando hasta ahora.

— ¡Debería darte vergüenza si no sabes quién eres y quién mató a tu abuelo como si fuera un perro!

—Quizás ese abuelo se lo había merecido si era un idiota que pensaba que había que quemar los libros.

Al oír eso, el padre entró en mi cuarto e, iracundo, me golpeó un largo rato en la cabeza con la mano abierta. Un año entero no le dirigí una sola palabra. Él lo ignoraba. Yo sufría porque ni siquiera en nuestro desacuerdo era capaz de gastar su tiempo conmigo, admitir mi opinión, comprender mi vida. Quería que me odiara. Pero, para él, eso era demasiado insignificante.

En esa época ya se dedicaba activamente a visitar las fosas comunes. Era el secretario de la Asociación para la Conmemoración de las Tumbas de las Víctimas de Comunismo. Organizaba autobuses de vistas colectivas a los degolladeros y recogía voluntades para la construcción de monumentos.

"¿Cómo es posible que un hombre adulto carezca de dignidad hasta el punto de no decir nada a su hijo tras molerlo a golpes?," hablaba con mi madre mientras estaba pelando la manzana esperando el inicio de su serie.

—Ay, tú y tus libros. ¿No tienes suficientes libros ahí?

Mamá nunca miraba en los ojos cuando te hablaba.

El padre traía de Caritas harina, aceite, arroz y cosas de higiene. Era el año cuando nos dieron la cartilla social. La hermana pequeña lloró histéricamente cuando vio en la mesa ese testimonio de la miseria. Dos días estuvo fuera de sí.

La profesora Sanjica Lacković decía que creía en fantasmas. En concreto, que los muertos estaban entre nosotros. Ella había regresado hacía poco a nuestra ciudad. Daba clases de croata. Se rumoreaba que era lesbiana, lo que tres años más tarde culminaría con un escándalo por una relación amorosa con una alumna, por lo que sería expulsada del colegio. Nos reunía los viernes por la tarde en el llamado Club de Lectura, en el sótano del instituto. "Los libros sirven para que entendáis que el idioma puede haceros libres, que en él todas las limitaciones que veis alrededor de vosotros no existen. Es el camino para convertirnos en gente de espíritu. Y la gente de espíritu es gente feliz." Así hablaba. Mientras bonitas sartas de frases armoniosas salían con su halo, el cigarrillo que tenía entre sus dedos parecía la batuta en la mano de un hábil director. Tenía diecisiete años. Sanjica Lacković me había cambiado la vida. A su lado me sentía sublime, importante, emocionado. Justo en aquella época empecé a escribir. Escribí un poema de amor a la chica que mostraba evidente interés por mí. Quería que Sanjica lo leyera antes. Me dijo que sabía desde antes que escribía excelentemente. Me alabó. Alabó mi "madurez". Regalé entonces el poema a mi futura novia, mi actual esposa, mi una única...

Sanjica Lacković frecuentemente mencionaba fantasmas. Durante semanas estábamos "peinando" a Hamlet. El fantasma del padre de Hamlet. Era su tema predilecto.

— ¿Creéis en la posibilidad de que los muertos hablen con nosotros?

— ¡Son tonterías!— lo espeté en seguida. Todo lo transcendental me daba asco porque me recordaba a la Iglesia.

— ¿Y qué es lo que quiere el fantasma del padre de Hamlet?

—Quiere venganza.

— ¿De qué tipo de fantasma se trata entonces? ¿Es un ángel o un demonio? ¿Puede un ángel incitar asesinatos por venganza?

—La cuestión es si se busca la justicia divina o la humana. Bajo la justicia divina entendemos el perdón, el olvido, el amor...— de mí hablaba seminarista en potencia. —El

que exige que mates no puede estar de lado de la verdad. Mi padre, por ejemplo, está en la misma situación. Su padre desapareció después de la guerra. Huía hacia Austria. Al final le mataron. Lo más probable en Bleiburg. Mi padre últimamente dedica su vida a revelar ante del mundo el brutal asesinato de su padre. Y lo hace día a día, de tal manera que eso se ha convertido en su estilo de vida. Su afición. Se convirtió en la máquina de expansión del odio. En busca de una suerte de gran justicia del destino. Busca venganza. Por el otro lado, mi padre es católico, mi padre es creyente. Pero no encuentra el verdadero consuelo en la fe. Todo lo contrario, esa Iglesia le impulsa a perseguir a los perseguidores, a propagar su intolerancia. Por eso pienso que la Iglesia es profundamente hipócrita. Que mi padre es hipócrita. Pero él no ve ninguna contradicción en lo que hace y por eso reñimos a menudo.

— ¿Significa eso que hay que dejar gobernar a los usurpadores? ¿Significa eso que los asesinos pueden quedar impunes?

—No, yo solamente pienso que el fantasma del padre de Hamlet que postula la tesis sobre el crimen quizás ni siquiera existe. Quizás él sea tan solo un prejuicio encarnado que forzosamente quiere anclar el mundo en lo viejo, petrificado. Sé muy bien lo que es la capacidad de seducción del fantasma del padre. Por eso pienso que no debemos dejarnos guiar por el fantasma del padre vengador en lo que concierne a las conclusiones sobre justicia y condena.

—Te deseo muchísima suerte para que en la vida reúnas tanta decisión— reía Sanjica Lacković. —Este espíritu aparece donde menos lo esperamos— añadió después.

Mi padre era el único hombre en su oficina. En realidad, era una cabaña en el medio de un gran patio lleno de sucios camiones aparcados. El cumplimiento de albaranes, encargos y órdenes, éste era el trabajo de mi padre. Era un poco reservado, pero agradable. Las mujeres le respetaban, les daba la sensación de que, sin embargo, habían conseguido en su vida un trabajo ejemplar. Ellas se ponían tiesas cuando entraba. Empezaban a corregir su habla en una suave versión de la lengua estándar.

—Él es algún noble. Dicen que en su casa tiene un cuadro de su bisabuelo en la pared. Un árbol genealógico entero. Él lo estudia.

Las señoras pensaban que mi padre, porque vivía en un palacio, pertenecía a los distinguidos y, por ende, conocía a todos los demás hombres distinguidos. Cuando iban a un médico, entonces delante del padre mencionaban el apellido del médico, como si hubiesen dado por sentado que él le conociera bien, no tan solo a él sino a todo su árbol genealógico. Cuando recibían por correo un documento oficial que no entendían, se lo llevaban a mi padre para que se lo explicase. Cuando veían algo escrito en un idioma extranjero, se lo llevaban a él para que se lo tradujera, porque se sobreentiende que él hablaba todos los idiomas. Solamente de cantantes... de cantantes no entendía. Él escuchaba aquello, cómo se hubiera dicho... cómo se llamaba... la música clásica.

Mi padre en realidad abandonó la carrera. Era frívolo en su juventud. Tenía ya treinta años cuando conoció a mamá. Ella, tímida burguesita de diecinueve años, hija del dueño de una carnicería. Fascinada por buenos modales del padre. Dos meses después de conocerse, se casaron.

Durante el día, el padre llevaba dos corbatas: una para la oficina, es decir para la choza donde cumplimentaba albaranes, encargos y órdenes. Su medio de transporte era la bicicleta. Llevaba una cartera de piel en la mano también. En ella siempre se encontraba algún compendio de trabajos científicos sobre la persecución del pueblo croata: *Noticias croatas*, *Boletín de Bleiburg*... diversión para las largas horas de no hacer nada en el trabajo. Eso impresionaba a las compañeras de la oficina. Le gusta la historia. Para su jubilación, hicieron una recolecta y le compraron un grabado con un marco muy bonito que representaba el cuerpo amorfo de Cristo que, con clavos como el lienzo, se incrustaba en el escudo de Croacia. De fondo estaba el dibujo en relieve de la antigua República Socialista Croata. El padre colgó el cuadro en el comedor, justo al lado de retrato del conde Jelačić de una caja de bombones.

Cuando llegaba a casa, el padre se ponía otra corbata, la de estar en casa, una de punto, de color marrón, fina, deportiva. Mamá se retiraba en la cama a las ocho en punto cada noche, después del parte meteorológico. Encima del camisón se ponía un jersey

blanco, también de punto, especialmente hecho para leer en la cama. Le gustaban las novelas de amor. Cuando se metía en la cama, antigua y negra, debajo de la cual mi padre y ella guardaban sus orinales, cogía el libro y se fugaba a los mundos de viva pasión y romanticismo. Desde arriba, con la mirada suave le miraba Jesús Resucitado, envuelto en la capa roja, apuntando con una mano a su corazón que, rodeado de una corona de espinas, ardía en el eterno fuego. Encima de la puerta estaba un crucifijo de casi de un metro de altura. Representaba a Jesús en el momento de su mayor sufrimiento. De sus llagas salía la sangre en abundancia. Mi madre ni notaba este crucifijo, pero yo sí. Cuando la veía en la cama como untaba de crema su cara demacrada y manos artríticas, tenía la sensación que se estaba momificando a sí misma. Los siete fuimos concebidos en ese cuarto.

La hermana mayor cada día les reprocha por tener los orinales bajo la cama. Pero, ¡quién iba a atravesar ese largo y frío pasillo hasta el retrete!

A los pies estaba la camita donde dormía mi hermano más pequeño. Al lado de su lecho estaba el atril para las partituras. Ahí practicaba él con su trombón.

El padre no paraba de decir que los instrumentos eran el pan seguro en nuestras manos. A mí me tocó el clarinete. Cuando practicaba, me imaginaba que el clarinete era una barra de pan.

Debajo de nuestro piso había una panadería. Cada mañana el padre compraba ahí cuatro panes. *Jesús es pan de la vida. Quien coma de ese pan, nunca tendrá hambre.* Para vivir, el hombre necesitaba a Jesús y la música.

Segundo cuento

(En el que gradualmente a través de Petar— Krešimir Vitez nos trasladamos hacia la periferia de la ciudad del barroco, las flores y la música, donde Sanjica Lacković en su diario nos familiariza con la importancia de la cría de cerdos en hogares durante los treinta años de la existencia de la población detrás de la fábrica textil.)

(Del diario de Petar— Krešimir Vitez)

21.3.1994.

Acorde a la moda de la época, nuestra ciudad inhaló aire fresco a mitad del siglo veinte. Derribando las murallas alrededor de su núcleo, la ciudad abrió el espacio para el nuevo crecimiento. Pero todo lo que vivía dentro de las murallas se encogió, desprotegido en su sitio, no aceptando el hecho de "mezclarse" con el mundo exterior. Para entonces ya se había desarrollado la idea de lo sublime que era vivir dentro del núcleo original. Creo que justo en ese momento, para la gente como nosotros, el tiempo se detuvo. Es decir, hoy todavía es, aproximadamente, el año 1850. Era el año cuando mi tatarabuelo Gjuró compró de Kaptol de Zagreb, a la Iglesia, el palacio en la Plaza de la Libertad, después de su gran éxito en la Feria Imperial Vienesa, donde el mismo emperador Francisco José alabó la calidad de sus productos de marroquinería. La noticia sobre este acontecimiento quedó reflejada en el periódico *Vienac*. El artículo enmarcado estaba colgado en la entrada de nuestro piso, justo encima de la foto de los tatarabuelos. Él, con el pelo repeinado, de traje negro, de pie, mientras que la corpulenta abuela estaba sentada, con su abrigo de piel. En la esquina inferior derecha se veía el sello del estudio fotográfico vienés.

Retro— fetichismo, así lo bautizó Sanjica Lacković, en una de nuestras reuniones del Club de Lectura, nuestro estado actual de conciencia. A través de la conversación sobre *Doctor Faustus* de Mann, hablamos sobre los embriones de fascismo en el útero de la

cotidianeidad pequeñoburguesa. Mencioné la quema de libros de mi padre de desde hace dos años. Todos estaban profundamente horrorizados y yo, orgulloso de haber causado una impresión tan fuerte.

Por frecuentar el Club de Lectura dejé de ir a "La Zarza Ardiente". El padre mencionó que había encontrado a sor Cecilia muy preocupada por mis ausencias. Le comenté que era una cosa relacionada con la escuela, algo que puntuaba para mi matricula de la universidad. Mentí. Pero la mentira se mostró efectiva. Se dejó de hablar sobre el tema. Mi padre ignoraba que había dejado de oír misa de domingo. No tenía fuerza de presumir de ello delante de él. Se hubiesen quedado todos profundamente sorprendidos y yo hubiese caído en desgracia. Seguía pensando mucho sobre el pecado. La religión católica me apartaba de sí, entre otras cosas, por la permanente sensación de culpa. "El ojo de Dios está por todas las partes, no se le puede ocultar nada", era la cancioncita que me enseñó mi madre cuando de pequeño le pregunté por qué estaba esculpido encima del portal de nuestra casa un ojo grande dentro de un triángulo. "Es el Ojo Divino, y el triangulo es la cerradura a través de la cual Dios nos observa desde el cielo". De niño, me asustaba la idea de que mi casa fuera el punto de supervisión de la Divina Omnipresencia. Todavía cuando miro por la ventana, tengo la sensación de ver cosas desde la Perspectiva Divina.

La primera fila al lado de Dios. Frente a nuestra casa estaba la iglesia. Delante de la iglesia, anchos aparcabicicletas.

Sanjica Lacković aparcaba ahí su bici cuando iba a las clases. Sanjica Lacković vivía detrás de la fábrica textil grande. Cualquier cosa relacionada con Sanjica Lacković me despertaba curiosidad. Sanjica Lacković montaba una antigua bici verde, de la marca Pony. El modelo mini Pony, como lo llamaban. La bicicleta chirría, el sillín estaba destrozado, el color desgastado. ¿Era ese el motivo porqué lo dejaba casi un kilómetro de la escuela? ¿Podía ser que la vanidad le impulsaba a no aparecer delante de sus alumnos con ese trasto? ¿O, quizás, la invisible película rota hace ciento cincuenta años, que se encontraba justo en el sitio donde estaban los aparcabicis, le impulsaba que, al llegar de su periferia, delimitada con campos y prados, marcarse la entrada en la Ciudad. De verdad, viéndola cómo encadenaba su avejentada bicicleta, tenía la sensación que esa cadena dividía su

personalidad en dos: la que pertenecía al limes y la que pertenecía al núcleo. La que pertenecía al limes para mí guardaba una secreta intocabilidad. Me daba un poco coraje enterarme de esa parte de su vida. Tenía la sensación que con eso hubiera estropeado la imagen de perfección que en mí creaba este, para mi vida, tan fuertemente necesario personaje misterioso. Nunca hubiese podido sentarme en su bici. Aunque no lo hubiese encadenado frente de mi casa. Me gustaba comprobar por la ventana si la bicicleta seguía ahí. Mientras estuviera encadenada, sentía que la ciudad no estaba tan sola abandonada a la arbitrariedad de los quemadores de libros.

Un amigo de la clase vivía en una casa contigua a la suya, detrás de la fábrica textil. Son unos verdaderos raros, comentaba él dándose la importancia del infiltrado privilegiado. Gente cerrada. Y de su casa frecuentemente se oyen terribles broncas. Nada más construir la casa, alguien se suicidó en ella. Y hay otra cosa horrible vinculada a ellos. Su prima y su tía vivían ahí algún tiempo. La tía se casó con un chófer y luego la prima se fugó con su padrastro- chófer. Unos años más tarde, cuando la prima quiso abandonarlo, la mató y luego se suicidó en un bosque. El padre de Sanjica es un borracho y vive la mayoría del tiempo en el campo. En una casita vieja en la que nació. Sanjica vive con su madre y la familia de su hermano. El hermano tiene los nervios destrozados desde que volvió de la guerra. Huye de casa y desaparece durante días. Frecuentemente duerme en una tienda de campaña al lado del río. Pesca, eso le tranquiliza. Ella también es una rara. Tiene cuarenta y se comporta como si tuviera veinte. Todos dicen que es tortillera. Su cuñada cuenta sobre ella cosas horribles a los vecinos. Lo que más le reprocha es que sea una vaga. Dice que se pasa los días solo leyendo.

Solo leyendo.

(Sanjica Lacković: "Círculo estrecho", libro de apuntes diarios)

21.3.1994.

Reformaré la pocilga. Mi imaginación se avivaba mientras iba en bici a la ciudad. Solía dejar la bicicleta lejos de la escuela. Me sentía diferente absorbiendo la belleza de la ciudad con mis pasos. Era extraña esta belleza. Provinciana, pero encantadora. Placentera y tranquila. Cada uno de estos pasos me importaba.

Ya lo he pensado todo, se lo comenté a la Vieja por la noche, cuando nos acostamos. No se necesita mucho. Solamente abrir un hueco en la pared para la ventana, enyesar y pintar. El Viejo arreglará las instalaciones. Yo correré con todos los gastos. Voy a pedir un préstamo y a pagarlo todo yo. Ya sé exactamente cómo lo arreglaría. De manera sencilla y minimalista. En un lado las estanterías de libros y en el otro la cama. Y un sillón y una lámpara. Para leer. No podemos seguir así apretujados.

La mujer de mi hermano me decía que dejara la pocilga tranquila. Han llegado los tiempos cuando quizás tuviéramos que volver a criar cerdos, si queríamos comer. Ella era campesina. Los animales domésticos le consolaban, suponía. Se sentía más como en su casa. En el campo. Ana era una mujer alta y fuerte, puntillosa y parca en palabras. La gente le daba miedo. Por eso para cada uno se imaginaba algo feo.

Sentía la misma ira, la misma impotencia que cuando tenía quince años. ¡No quiero cerdos en mi patio! ¡Esto es la ciudad! ¿Cómo no lo entendéis? ¡Ya nadie cría cerdos ni gallinas! ¡Nadie! A mi difunta abuela Marica entonces, cuando tenía quince, no le entraba en la cabeza. "¡Sí, compraremos la carne y encima tirar todas las sobras a la basura!" Era ella la que todos los días vertía un cubo de plástico lleno de sobras en un abrevadero de hormigón. "Ojalá entonces, cuando nos habíamos mudado aquí, hubiese buscado empleo, como limpiadora al menos... en alguna parte... ahora tendría mi pensión, pero así ahora, ¡una mierda pinchada en un palo! Todos se fueron a trabajar. ¿Quién hubiera cuidado de vosotros si yo también hubiese tenido que ir a trabajar? ¡Toma ahora! ¡No tengo siquiera un duro!

23.3.1994.

La abuela Marica. Llevaba vestidos abotonados con dibujos florales. La visitaban frecuentemente hombres desconocidos. Ella les servía coñac en una copita. Encima de la puerta de la cocina en el pasillo estaba el retrato del mariscal Tito de uniforme. En la

puerta, la pegatina con el niño Jesús en el pesebre. Debajo, escrito con tiza, con letra continua M+ G+ B. En la pared de la cocina colgaba el calendario con la foto del modelo más moderno de autobús. Feliz y próspero 1961 le desea el Organización de Trabajo Asociado de Transporte de Autobuses. A la abuela Marica le impresionaban los conductores de autobuses. ¡Son auténticos señores! Así pensaba la abuela Marica, asombrada con sus camisas blancas, sus corbatas y sus chalecos azules de lana. Olían a colonia y estaban recién afeitados. Con frecuencia me llevaba a la estación de autobuses. Dábamos vueltas sentadas en el asiento delantero. La abuela Marica hablaba con el chófer que nos regaló el calendario. Después de la vuelta, yo en el bar de la estación bebía un zumo con pulpa. La abuela salía con el conductor a dar un breve paseo. Yo, asustada, la esperaba sentada en una esquina. A la vuelta a casa me prohibía severamente decir nada a nadie sobre dónde estuvimos.

Si la abuela Marica pudiese bendecirme, desearía que tuviera trabajo propio y que me casara con un chófer.

24.3.1994.

Cuando el abuelo traía su sueldo, la abuela Marica inmediatamente guardaba el fajo de billetes debajo de las sabanas planchadas y ordenadamente colocadas en la estantería superior del armario. A cada uno de nosotros daba un billete a escondidas.

El abuelo era un negro. Su piel era de color rojo chillón-marrón. En verano, su piel se despellejaba por capas, así que tenía zonas como islas, de piel violeta rojiza. Mayoritariamente en su cogote calvo. Era asfaltador. Se levantaba pronto, al amanecer, y hasta tarde por la noche esparcía asfalto caliente por la carretera. Cada noche volvía a casa por el camino pequeño atravesando el prado en su bicicleta negra. Cuando la bajaba al sótano, el abuelo frecuentemente se caía porque estaba borracho. En su cesta llevaba muchas bolsas de leche. Los asfaltadores la tenían que beber. Era el antídoto contra las evaporaciones de asfalto. Mi abuelo no bebía leche. La abuela Marica le decía: Tú te beberías hasta el agua de los floreros. Pero el abuelo conservaba la leche para nosotros. La leche ya estaba agria cuando la traía a casa ya que todo el día estaba en el sol. Por ello

generalmente no la podíamos beber, sino la abuela Marica la usaba para elaborar queso. En la despensa se estaban escurriendo los quesos en las gasas.

La vecina con la que la abuela Marica leía el futuro de los posos del café (todos los días menos los martes, los martes el futuro era ilegible) alardeaba que su marido nunca se saltaba el magreo. La abuela Marica respondía: "Bah, este trasto mío, ¿cuándo iba a hacerlo?" Le coronaba también con las siguientes palabras: viejo y mugriento. El marido de la vecina trabajaba en una oficina. Raras veces bebía. Cuando se tomaba alguna copita de más en compañía, le gustaba cantar, para nuestro gusto bastante refinadas canciones populares. La abuela Marica le tenía envidia a la vecina por su marido.

25.3.1994.

Ana me dice que no toque la pocilga. Desde que la han despedido de la fábrica de zapatos, anda pegando bolsas de regalo en casa. Veinte lipas, unos 0,12 céntimos, por bolsa. La cocina está repleta de papel de fantasía. Y apesta a pegamento. La Vieja le ayuda. La Vieja no coge dinero y por eso no cuenta sus bolsas aparte. Es para los niños para que les compre algo. Para el colegio. La Vieja también se quedó sin trabajo en la fábrica textil hace dos años, por cambios tecnológicos. Las dos son rápidas y hábiles, años de trabajo con máquinas.

Ana me odia porque yo al volver de las clases no pego las bolsas. "¡Y podría ganarse unos cuartillos majos!" reprocha altivamente Ana. Cuando no estoy, me llama Señora. A veces también Excelentísima. Cuando estoy en casa, no me llama de ninguna manera. Habla muy poco conmigo. No porque estuviese enfadada, sino porque no tenemos nada que decir una a la otra. Al menos no así, falsamente, la única manera como sabemos hablar.

¡Qué cerdo ni qué niño muerto! Supongo que a nosotros también se nos tendría que preguntar.

Cada vez que delante de Ana se menciona la reforma de la pocilga, entorna los ojos y empieza a andar nerviosamente de un lado a otro.

El miedo a lo desconocido. ¡Qué miedo!

28.3.1994.

En casa, el televisor estaba encendido todo el tiempo. Desde la guerra vivíamos convencidas que desde la tele proclamarían algo importante. Entonces temíamos que mencionasen el "frente de Pakrac". Allí Dražen pasó casi dos años. Estábamos sentadas alrededor de la mesa de cocina mirando el pequeño televisor en blanco y negro calentándonos. En la cocina había una estufa para cocinar y calentar de madera.

Dražen ahora está jubilado con el diagnóstico de trastorno de estrés postraumático. ¡Estar sin posibilidad de trabajar, qué destino más horrible para un hombre de cuarenta y siete años! "¡Gallinas, jodidas gallinas, idos al carajo!," grita él pensando en nosotras, mujeres, y no en las aves de corral. Él es el único hombre en casa. Cuando volvió del frente, nuestra contención le daba tanto asco que nos gritaba sin ningún motivo. Algunas veces por las cosas que habían sucedido algunos años, hasta algunas décadas antes. Le gustaba tarde por la noche, después de habernos acostado todas, subir el volumen de la tele al máximo y ver los videoclips patrióticos que tenía grabados en una cinta. Ana, que no se dejaba impresionar con estas manifestaciones de locura, se le acercaba y le sacudía diciéndole: "¡Para! ¿Quieres ir otra vez al hospital?" Era más alta y más fuerte que él. Entonces él, furioso, salía escopetado de la casa, iba a la pocilga a por los palos y cubos y se sentaba en coche. En casa todavía se oía cómo pisaba el acelerador y derrape de las ruedas en la gravilla. "Mira lo que es la genética," murmuraba, preocupada, la vieja, pensando en el Viejo que igualmente, toda su vida salía escopetado de casa, iracundo, hasta que volvió para siempre con su madre, al campo. Con la única diferencia que el Viejo no fue a la guerra. Él sencillamente estaba enojado. Con todo. Y con todos.

30.03.1994.

Cuando tenía catorce años, me perseguía la pocilga. El invisible chillido de los cerdos, ampliado por el eco en las noches silenciosas de verano, me aterraba. Estaba constantemente intranquila. Nadie podía entenderlo. Nadie quería entenderlo. Una noche decidí soltar al cerdo. Pero el cerdo no quería irse a ninguna parte. Solamente me miraba

fijamente desde la oscuridad, con sus ojos pequeños y brillantes. Desde entonces, los cerdos me daban asco. Tan solo pensar en ellos, me provocaba temblores. Me daba asco su hocico húmedo, el cuerpo sucio y torpe, me daba arcadas el hedor que salía desde esa pequeña casita de ladrillo del patio. Decidí no volver a comer cerdo. La Vieja sirvió judías con pieles de cerdo cocidas. Tenía arcadas. Dije que no quería comerlo. El Viejo que aquel día volvió del trabajo ya visiblemente borracho, primero con la cara totalmente transfigurada sarcásticamente me dijo: "¿No quieres? ¿No quieres? Para ti, desde ahora, encargaremos las lenguas de pájaro." Se tomó unas cucharadas y a continuación, me agarró, todo él temblando, por los pelos. Me empujó la cabeza al plato. "¡Señoritos!" "¡Idos todos al carajo!" añadió, calzándose sus zapatos negros de obrero. Luego, de la misma manera como su hijo lo haría un cuarto de siglo más tarde, salió a toda velocidad, en el coche, del patio.

Pero yo tenía mis libros. Y eso bastaba para que la vida fuera otra cosa. Era suficiente para que la vida fuera otra cosa. Era suficiente para que la pocilga y todo lo que la rodea fuese apenas la periferia de mi verdadera realidad.

1.4.1994.

Estoy tumbada con la Vieja en la cama. Fantaseo con mi pocilga. Ella será mi pequeño oasis. ¡Qué ironía! El símbolo del mundo al que me estuve oponiendo toda mi infancia ahora se convierte en espacio de mi libertad! Sí, quizás no debería haber vuelto. Pero en este momento no tengo nada, salvo la nostalgia. Mi alma está vaciada. Lo único que puedo ofrecer es estar aquí. Por alguien como yo. Por algún niño al que levantaron una gran pocilga en el medio de su alma. ¡Me gusta mi trabajo! ¡Por él me quedo! ¡Por él vivo!

¿Es esto solo la repetición del acto de salvación del cerdo de la pocilga?

Estoy tumbada con la Vieja en la cama e imagino la pocilga.

5.4.1994.

Últimamente, los muertos están tranquilos. Los oigo por la noche. Pero ellos, como si hubiesen adoptado una suerte de rutina. La abuela Marica raras veces le chilla al abuelo. Están acostados y escuchan la radio. No los veo a través de la pared, pero noto su presencia frente a Ana, sus piernas están justo al lado de sus cabezas y viceversa. Los amantes ya no suspiran tan fuerte y apasionadamente. Se les oye, pero tan solo a través de sus risitas esporádicas. Están escondiendo su infame secreto. Solamente desde el desván se oye el sonido alegre de un acordeón. Dragan casi nunca deja de tocar. Me he acostumbrado dormir con su música. Podría decirse que ha mejorado. Su técnica es cada vez mejor. Su repertorio me acuna. Y me hace reír, a veces.

Dragan era mi primer muerto. Tenía siete cuando oí por primera vez su voz. Casi no lo recordaba con vida. Tenía cuatro años cuando se suicidó. Me acordaba solo de unos andares desconcertados, pánico y gritos. Era el marido de la tía. Cuando nos mudamos a la ciudad, la tía vino junto con mi prima Slađana muy pronto detrás de nosotros. Slađana era dos años mayor que yo. Ellas huyeron del pueblo después de que Dragan les expulsara de casa con un hacha, habiendo roto en aquella ocasión todas las puertas. Era un hombre joven, pero el alcohol ya le había desfigurado tanto que parecía un anciano desgastado y enfermo. Trabajaba en el matadero. Antes del trabajo, en el barucho de enfrente, los hombres bebían coñac y cerveza. Así empezaba su cada día. Llegó a nuestra casa detrás de la tía y Slađana. Se quedó con nosotros algún tiempo. La abuela le adoraba porque tocaba el acordeón. Además, era guapo. Después de aproximadamente un mes, Dragan se dio cuenta que la tía no quería volver al pueblo. Decidió divorciarse. Desde siempre fue claro que él nunca dejaría la bebida.

Dragan lloraba arrodillado delante de la tía. El Viejo y el abuelo lo levantaron del suelo.

Ese mismo día ató la cuerda en la viga del desván y se ahorcó.

En el cementerio del pueblo no había tanatorio. Los muertos yacían en casa hasta dos días.

Pequeña choza sin fachada.

El ataúd abierto en un cuarto repleto de cojines. Cogí de la mano a la abuela Marica. En ese momento unas mujeres quitaron el paño de la cabeza del muerto. La cara gris hinchada y el cuello violáceo le hacían semejar un muñeco de cera parecido a Dragan. La abuela me sacó rápidamente del cuarto. La Vieja le chilló.

El viejo me llevaba en sus hombros camino al cementerio. Estaba inusualmente cariñoso.

Delante del ataúd marchaba la banda de música de viento de los bomberos.

El tambor era profundo como un precipicio.

Detrás del ataúd, la madre bañada en lágrimas chillaba.

Desde el desván me llegaban tristes quejidos. No me atrevía abrir la puerta. Si le hubiese preguntado a Slađana si ella también hubiera oído estos gritos, me habría dicho que no oía nada.

Los sonidos se volvían más nítidos. Una voz masculina pedía: "¡Dadme algo de beber! ¡Dadme de beber! ¡Dadme de beber!" Sus súplicas se volvían más sonoras y con el tiempo se transformaban en violentas órdenes. No aguantaba más escuchar estos alaridos. "¡Dadme de beber!" De la despensa cogía la garrafa llena de vino, abría con la llave la puerta del desván, dejaba el vino en el primer escalón y huía.

Nada más cerrar la puerta, la voz se silenciaba. Poco después se oía el acordeón. Cuando el acordeón dejaba de tocar, llegaba el silencio. Dragan se quedaba, así lo suponía yo, dormido.

"¿Quién está llevando la garrafa todo el tiempo al desván?", preguntaba el Viejo. Nadie respondía. Pero una vez me vio como cogía de la despensa una gran damajuana. Entonces me la arrancó de las manos con la frase: "¡Me cago en la puta, lo vuelves a hacer y te arranco la cabeza!", me sacudió de hombros y añadió: "¿Está claro?", y me propinó una ligera bofetada.

Desde entonces llenaba un vaso de vino y lo llevaba al armario del desván. Siempre me tomaba al menos un chupito. Parecía que Dragan estaba contento.

Somos demasiados en esa casa. Todos nosotros. Todos ellos. Se está volviendo inaguantable. Por eso ahora, acostada con la Vieja en la cama, sueño con la pocilga.

10.4.1994.

En la casa, aparte de los libros de texto, había dos libros: una gorda monografía roja repleta de fotos del camarada Tito; y otro, llamado "Libro de Sueños". En la portada estaba escrito "El Calendario de Cien Años". Ése era una recopilación de distintos conocimientos esotéricos. La abuela Marica lo llamaba "Libro de Sueños" porque una parte estaba dedicada a su interpretación. Slađana y yo siempre hojeábamos ese libro. Estaba lleno de grabados que representaban los signos de horóscopo, divinidades y antiguos símbolos. En el índice, al final del libro, bajo la letra D, estaba la imagen de demonio. Una cabeza cornuda, fea y calva, con una mirada cínica, la cara con verrugas y lengua de serpiente.

La vecina una vez amenazó que mi madre ardería en el infierno si me balanceaba en la silla. El daño era irreparable. He mandado a la Vieja derecho al infierno. Mi única esperanza era que ninguna de las dos fuéramos a morir nunca.

Delante de mis ojos estaba la cara del diablo, el diablo que retendría eternamente a mi madre en las penas infernales.

La fecha era 29 de Noviembre de 1961. Un día solemne. Me incorporaban a los pioneros. Repetía en la cabeza la canción que cantábamos en la fiesta: "Orgullosamente desfilamos y la frente levantamos, hoy celebramos la fiesta en nuestro honor..." Pero todo eso no me apartaba del pensamiento sobre la muerte, sobre el infierno y sobre la eternidad. Slađana leía algo del Libro de Sueños sobre mi signo de horóscopo. Marte, Venus, Mercurio, Saturno, estaba oyendo solamente las palabras pero no las relacionaba con ningún significado. "Tu marido tiene que ser Libra o Géminis", me comentaba. En la cocina de leña bullía una olla grande. Los hombres bebían aguardiente en el patio. Le ofrecían bebida a Dražen también. Tenía doce años. Reía. El carnicero le puso un cuchillo grande en la mano. De la pocilga, cuatro hombres sacaban al cerdo que chillaba. Dražen también chillaba. Le gritaban: "¡Venga! ¡Venga!" Con dificultad sujetaban una cerda grande

de ciento veinte kilos. Dražen se acercó con miedo y clavó el cuchillo en el cuello de la cochina. Debajo del cuello estaba la palangana. Ahí se recogía la sangre para las morcillas. Dražen sacó el cuchillo, lo tiró al suelo y huyó. Lloraba desconsoladamente, pero el chillido de la cerda acalló su llanto. "¡Rápido! ¡Hay que pincharla una vez más!" El carnicero rápidamente cogió el cuchillo y la pinchó de nuevo. La cerda por fin estaba muerta. A Dražen le dieron otro aguardiente. Se reían de él. Se reían de su miedo. El día que yo me hice pionera, mi hermano se convirtió en hombre. Unos treinta años más tarde, Dražen ya era un experto en matanza. Compaginaba su trabajo de zapatero con las "matanzas a domicilio", como se solía decir en broma. En nuestra casa siempre había carne, salchichas, torreznos y morcillas. Dražen nunca cobraba por sus favores. Era un tío legal.

11.4.1994.

En casa la tele siempre estaba puesta. Las hijas de Dražen, constantemente pegadas a la pantalla. De su madre heredaron una insaciable y mezquina maldad. Sus programas favoritos eran los culebrones mejicanos. Y aquél norteamericano que se llamaba "Santa Bárbara". "Nuestra tía es tortillera", así hablaban las niñas. "Elas enferman del SIDA. Es una enfermedad que invade la sangre y cuando llega al corazón, entonces te mueres." Eso les enseñó un programa de televisión.

Cuando volvió de la guerra, Dražen nos contó la historia sobre un chétnik que durante meses, a través de la radio, detalladamente describía con deleite las liquidaciones de nuestros soldados capturados. Había de todo, ojos arrancados, lenguas cortadas... Cuando lo apresaron y comprobaron que realmente era verdad cuanto había contado, le colgaron de un garfio como a un cerdo. "¡Ahora, Vaso, a ti te toca ver lo tuyo!" Le cortaron brazos y piernas con una moto sierra.

Dražen contaba que había chillado como una vieja. Esa historia la contó con un tono tan solemne, tan lleno de orgullo que a todos nosotros también nos invadió una inusual alegría porque se había hecho justicia, porque ese monstruo al final había recibido su merecido.

Ana volvió del colegio. Tiró a la hija mayor, pegada a la pantalla, de una oreja. La bofeteó, golpeó. "¿Qué estupideces contabas en el colegio? ¿Quieres que tu padre vaya a

la cárcel?" Ana estaba muy enfadada, la sacudió. "¿Qué es lo que he dicho? ¿Qué es lo que he dicho?" "Que papá en la guerra al chétnik malo le cortó brazos y piernas." "Pero... ¿no lo dijo así?" "¡Estas cosas no se dicen, vacaburra! ¡Eso no se cuenta! ¡Ahora mismo te vas a la cama sin cenar!" La niña, enfurruñada, se fue corriendo a su cuarto. La Vieja a escondidas le llevó un bocadillo.

Muy a menudo pensaba en cuántas casas que nos rodeaban estaban enterrados todos estos secretos.

Estoy tumbada en la cama y fantaseo con la pocilga. ¡Transformemos pocilgas en bibliotecas! Ana me dice que no toque la pocilga. Nunca se sabe. Nos aguardan tiempos duros.

Pero hasta que las pocilgas se conviertan en bibliotecas, que se queden ahí las cañas de pescar de los veteranos enloquecidos. Al menos alguna utilidad. Pero yo no pierdo esperanza. Estoy tumbada en la cama y fantaseo con mi pocilga.

Tercer cuento

En el que Petar— Krešimir Vitez expone unas observaciones generalizadas y poéticas sobre la música del año 1994, cuando vive su primera experiencia sexual acompañada de la recién estrenada sensación de la inferioridad social.

(Del diario de Petar— Krešimir Vitez)

15.12.1994.

Mamá llevaba unos zapatos puntiagudos de ante, de tacón afilado y bajo. Estaban abiertos en la punta y por esa pequeña ventanita se asomaba su dedo gordo. Uno, dos, tres, cuatro... sonaban los pasos de mamá.

El metrónomo estaba en el piano vertical de mi cuarto.

La música nos enseña que la belleza necesita de orden, así hablaba mi profesor de clarinete cuando se enfadaba porque no había hecho los deberes. Cada vez más desistía de música.

Mi madre no sabía nada de música, pero adoraba el orden. Sus pasos estaban pautados por las frases simétricas e impersonales de sus rutinas. Casa, colegio. Casa, colegio. Los domingos misa a las seis y media. Los domingos comíamos filetes empanados. Los miércoles eran día para gulash. Los viernes no comíamos carne. Los viernes, judías. Las judías y los crepes. Uno, dos tres, cuatro... se oían los pasos de mamá por el pasillo a la vuelta del colegio. Luego calzaba las zapatillas y el ritmo desaparecía. Mi madre se convertía en un fantasma. En casa no se nota su presencia.

La madre se vistió de traje de falda de color burdeos y medias nude. Unas venas pronunciadas recorren sus piernas.

El padre, de traje negro y pajarita.

La música era fiesta. La música era el erotismo del espíritu. El ritmo era como la caricia; la melodía, como el beso.

El estado de mi madre se llamaba agorafobia. Ella era la guardiana del hogar, del fuego del regalo más bonito de Dios, la familia.

Sujetando firmemente a mi hermana de la mano, la madre avanzaba con valor hacia la sala de conciertos. La distancia, trescientos pasos. Con el otro agarraba el bolso. En el bolso estaba el pañuelo.

Uno, dos, tres, cuatro...

Estaban pasando justo al lado de la iglesia donde la hermana tocaba el órgano en misa. Mi hermana tenía aspecto de monja. No le hubiese gustado oír algo así dicho sobre ella. Porque a ella le importaba su feminidad. Coqueteaba con el capellán y lo sabían todos. El capellán era un campesino regordete de Zagorje. Un tanto atrevido y básico. Fumaba. Al terminar en la iglesia el ejercicio de su programa de examen fin de licenciatura de concierto de órgano, el capellán la invitaba a tomar vino aguado en la oficina parroquial.

La cara de mi hermana se le ponía muy colorada. De alcohol.

Držislav era solista en el concierto de ese día, acompañado por la orquesta municipal de cámara. Él era el músico más exitoso de la familia. Su talento llevaba ya algún tiempo transformándose en sólidos honorarios, que llenaban la nevera de carne para el filete vienes de domingo.

Držislav amaba el hogar igual que su madre. Cuando no practicaba, estaba sentado delante de la tele y bebía cerveza. Una, dos, tres, cuatro. Cada día cuatro. Solo cuando llegase la hora de la serie de mamá, Držislav se iría a dar una vuelta. Pasearía por la orilla del río y pensaría sobre la música. Uno, dos, tres, cuatro.

A la hora del telediario, toda nuestra familia se juntaba delante de la pequeña pantalla. Solo yo pasaba a su lado como si no les conociera. Como si no me interesara lo que pasaba en el país ni en el mundo. Como si no me interesara si estaba vivo mi hermano allí a donde había ido a matar. P. está enamorado, decía Uršula, la hermana pequeña. P. tiene una novia rica. Lea. Su padre es empresario. Venden fotocopiadoras.

La hermana mayor reía. Se llamaba Magdalena, como aquella de la que Cristo expulsó siete demonios.

— ¿Cuándo la vamos a conocer?— me preguntaba entre las risas. —Tráela al concierto de Držislav.

Uršula también tenía novio. La madre no lo aprobaba porque tenía apenas quince años. Él era dos años mayor. Igual que yo. Una vez vi de lejos cómo la amasa debajo del pino grande en el parque municipal y metía la mano en su pantalón. Él era de la periferia de la ciudad. Hijo de obreros. Su padre estaba en Alemania. Le invitaba a Uršula a la cafetería "Sermage" a copas de helado y al vejo cine con duras sillas tapizadas con polipiel. Ahí nos encontramos frecuentemente, porque era el único lugar con calefacción en la ciudad donde los jóvenes podían besarse tranquilamente. Las proyecciones se cancelaban con frecuencia porque era necesario vender un mínimo de seis entradas para echar la película.

La música era fiesta. La música era el erotismo del espíritu. El ritmo era como la caricia; la melodía, como el beso.

Lea vino al concierto vestida como verdadera princesa de provincias. Vestido azul cielo de satén hasta la rodilla y abrigo blanco de piel artificial encima. Calzaba carísimos zapatos de tacón alto. Olía de maravilla. Después del concierto le rompería los pantalones en la entrepierna, quitaría las braguitas, hundiría el dedo dentro de ella y la lamería hasta que se volviera loca del placer. En nuestra casa había un pequeño, discreto pasillo en la entrada de servicio. Ahí mi madre fumaba clandestinamente.

Lea era bellísima. Su belleza sobresalía por encima de todo lo conocido en mi mundo. Esta belleza yo la llamaba no católica. Placentera, deslumbrante, emocionante. E inteligente. Esa inteligencia que ninguna chica verdaderamente católica era capaz de mostrar. La inteligencia que cualquier párroco hubiese percibido como amenaza. El espíritu que bañaba la cara de curiosidad y desinhibición.

Držislav tocaba majestuosamente. Tenía la lucidez del genio, él era un intérprete sensible que dominaba la música como un domador de serpientes. Algunas frases le hacían sonreír como si la música le hubiese contado chistes verdes. A veces, cuando estiraba una línea musical, se emocionaba, cerraba los ojos, sentía tal libertad que, tocando, se transformaba en un apasionado oyente que disfrutara como si estuviera entre el público y no en el escenario. El concierto para piano en Re mayor de Haydn.

Estaba agradecido a Lea porque entregaba tan generosamente su cuerpo a mis manos como si de un instrumento secreto se hubiese tratado.

Al entrar por primera vez en su casa me sentía como si fuera un mendigo. En el patio estaba encadenado el pastor belga Don. En la pared del pasillo, pegado a la puerta de la entrada, estaba colgado un bate de beisbol.

Es por si acaso, explicaba Lea. Vino una gente y amenazó al viejo, como si fuera todo eso gracioso, Lea me enseñaba su casa. Sus padres discutían con frecuencia. Generalmente, cuando la madre se enteraba de nueva "novia". El papá una vez apostó a atropelló a mamá cuando ella intentó impedirle entrar en el patio con su cuerpo. Pero todo eso siempre terminaba de alguna manera... acababa, se olvidaba. Por lo menos un tiempo.

El interior de la casa era opulento, cómodo. Mi casa en ese momento me parecía un museo anticuado.

No tengas miedo, están de viaje. Solamente está aquí mi hermano.

El hermano tenía su loft en el desván. Fumaba yerba con dos tipos callados. Estaba de pie delante de dos gramófonos y fingía ser DJ. Dimos unas caladas y nos retiramos a su cuarto. Ella se desvistió. Rió alegre y excitadamente. Yo también. Estábamos felices. Nos

estábamos comiendo a besos. Reímos. ¡Te quiero! ¡Te quiero! Repetía sin parar. Ella era el milagro que me liberaba. Ella era un milagro y le quería entregar toda mi vida.

Al público le encantaba el sentimentalismo romántico, cuando el sonido de la orquesta se introducía suavemente entre los arabescos estucados de las paredes. Y el barroco. Lo consideraban su herencia. Por eso nuestra orquesta tocaba el barroco románticamente, como un amante. Pero el primer movimiento clásicamente juguetón de Haydn, por los dedos de Držislav, introducía al público en una suerte de alegre fiesta. Gracia, habilidad, encanto. Le escuchaban con atención y admiración. Es suyo. El hijo de la ciudad. La melodía era sencilla, entendible. ¿Cuántos años son los que tiene? ¿Veinticinco? ¡Apenas! ¡Qué facilidad! ¡Qué aplomo!

Me puse el preservativo y entré en la vagina húmeda, caliente y deliciosa de Lea. Ella se estremeció y me tiró de pelo. ¡Espacio ahora! ¡Espacio! En la superficie del preservativo noté que una densa capa de sangre acababa de formar una nueva textura en su interior. Eso también nos lo quitamos de en medio, bromeó ella. Se oían ladridos del perro desde el patio.

Terminó el primer movimiento. Lea quería aplaudir. Estaba por primera vez en un concierto. Le cogí de la mano y le susurré al oído que no se aplaudía hasta el final. Mi madre y hermana se desbordaban del orgullo mirando las caras radiantes a su alrededor. Estos eran los momentos por los que merece la pena vivir.

Seguía la parte lenta. Segundo movimiento.

Uno, dos, tres, cuatro. Uno, dos, tres, cuatro.

Luego el tercero. Otra vez más rápido.

Uno, dos, tres, cuatro. Uno, dos, tres, cuatro.

La culminación.

Mi madre y hermana aplaudían como locas.

Uno, dos, tres, cuatro. Uno, dos, tres, cuatro.

Cuarto cuento

En el que se habla sobre cómo el año 2016 dos compañeros, un dramaturgo (Petar— Krešimir Vitez) y un actor (Goran Podolnjak), coincidieron en la unidad de tratamiento y rehabilitación de la depresión.

(Del diario de Petar— Krešimir Vitez)

1.3.2016.

Mientras corría por el piso guardando en el puño derecho mi recién amputado dedo meñique, y envolviendo el izquierdo con un tapo de cocina, delante de mis ojos, casi inocentemente, tenía la escena del Monte de los Olivos, aquella en que Jesús regañaba a Simón Pedro por haber cortado la oreja al siervo del Gran Sacerdote y querer volver a ponerla en su sitio. No sentía el dolor físico. Estaba furioso. Completamente impotente. Solamente con un gesto tan magnánimo pude aproximadamente hacer ver a Lea cuánto me hería con sus monólogos (bañados en lágrimas) sobre mi odio sin escrúpulos hacia ella. No nos entendíamos. Ese desprecio hacia las expectativas del otro nos enloquecía un rato. Estábamos asqueados uno del otro. Nuestro matrimonio convirtió en un infierno.

Ansiedad crónica con recurrentes episodios de pensamientos suicidas, ataques de agresividad, rezaba el diagnóstico junto con algunos códigos incomprensibles en el volante para la psiquiatría. Unidad de tratamiento y rehabilitación de enfermos de depresión. ¡Así sencillo, así claramente redactado!

Primero en tranvía. Luego en autobús. Hasta el suburbio occidental de la ciudad.

Unas vueltas caminando alrededor del hospital. El deambular por las calles desconocidas.

Tenía hambre. Entré en un supermercado con la maleta. Desquiciadamente andaba entre las estanterías. Temía lo que estaba por venir. Una sensación de incomodidad aterradora que me hacía flaquear las rodillas, como si no pudiesen soportar el peso del cuerpo. Al final en la sección de comida precocinada compré solamente un poco de patatas fritas que la vendedora recogía del fondo de la bandeja de la vitrina del mostrador.

Tenía la cabeza vendada. El brazo escayolado hasta el codo. En la mano izquierda faltaba el dedo meñique.

Estaba sentado en el banco al lado de la cancha de fútbol, comiendo las patatas fritas. Estaban frías y duras. El sabor fuerte al aceite rancio las hacía casi incomedibles. Pero después de unos bocados, empecé a disfrutar perversamente de este sinsabor, partiendo con mis dientes trocitos crujientes. Los regaba con Coca-Cola. Luego el cigarrillo. Uno. Y uno más, aunque ya el primero me provocaba arcadas. En las tribunas de enfrente los padres miraban sus móviles mientras los chicos correteaban entre conos naranjas y blancos en el césped. En seguida se distinguían los ambiciosos.

El viajante con la maleta grande se puso en movimiento con desgana.

Uno, dos, tres, cuatro.

Atravesaba el parque. Este era yo. ¡Yo! La puerta estaba cada vez más cerca. El manicomio. El loquero.

— ¿Cómo estoy?

Estaba convencido que con esta pregunta la psiquiatra demostraba un sentido de humor bastante desgarrador. Pero se puso seria observando cómo me reía.

Yo, yo, yo... Oh, ojalá fuera capaz decirle cómo se siente ese yo... explicarle cuán difícil lo tiene. Pero el yo no es capaz. No es capaz de expresar cuánto le cuesta respirar, explicarle por qué llora a menudo. Yo... Yo... vive desde ya hace tiempo cerrado en una torre desde la que el mal, a través de una diminuta aspillera, me mira constantemente.

Dentro de sí y en su alrededor. El yo ya no es capaz de ver otra cosa que no sea el mal. Por ello quiere salir de su propia piel. Se golpea hasta sangrar, sin siquiera sentir el dolor. Esa necesidad es irresistible.

Lea me echaba en cara con frecuencia que era un pérfido maltratador. Me decía que todos me temían, que todos me huían. Lo entendí. Lo único que no podía entender era cómo salir de ese laberinto, cómo soportarme a mí mismo en esta perdición. Yo odiaba a otros, yo me odiaba a mí mismo, yo despreciaba este mundo. Y si todo se quedaba así, si no sucediese un gran cambio para el que no tuviera fuerzas, yo... el yo tendría que poner fin a todo esto. Quería creer que mi estado era cuestión de una alteración química. Quería creer que estaba enfermo. En eso, en realidad veía la única esperanza. Porque si estaba sano... ¡Yo! Yo... Yo, yo, yo,... ¡Ese eterno, desgraciado yo, yo, yo! ¡Me duele ese yo! ¡Me molesta! Y cuando me ataca, entonces pienso que lo tengo que transformar en algo palpable, en algo que se puede romper de un puñetazo.

Arrastraba mi maleta por el suelo brillante y blanco. La enfermera me llevaba hacia la habitación. Abrió la puerta sin llamar. Era ruidosa, fuerte, una mujer autoconfiada, de unos cincuenta y pocos. Llevaba gafas. Era rubia teñida, peinada de peluquería. De todo su ser había sido lijada cualquier huella de sensualidad. Solo su pelo era impecable.

— Bueno, ¿en qué piso está la discoteca?

— ¿Discoteca? ¿Qué? ¿Quiere ir a la discoteca?

— ¡Solamente si usted me acompaña!— bromeaba pensando en la iluminación que se hubiese necesitado para poder imaginarla como una mujer atractiva.

No ha reído.

— Señor Janković, ha llegado su nuevo compañero de habitación.

Le di mano al señor Janković. Su mano estaba como si fuera muerta.

No sabía dónde colocar la maleta. El hospital parecía la sala de espera de una estación de autobuses. Con la diferencia de que los pasajeros entraban en las camas y no en autobuses, y luego en olas de ternura farmacológica contemporánea navegaban hacia el sueño. Era un viaje circular. Día tras día.

El hospital parecía la sala de espera de una estación de autobuses.

8.3.2016.

Todavía sin acostumbrarme a la rutina que adoptaría en los próximos días, al principio tenía una sensación de interminable espera. Esperaba a que me vieran los médicos, esperaba a que me llamara Lea, de la que no sabía si todavía era mi mujer o no. Esperaba a que me llamara ella primero para confirmármelo. Esperaba cualquier acontecimiento, cualquier cambio.

El señor Janković veía series en su portátil con los cascos puestos. Las series se las había traído en unos DVDs minuciosamente etiquetados. Era excepcionalmente pedante. Y tan callado que tenía la impresión de que se enfadaría si le preguntaba algo. Cuando no veía series, el señor Janković dormía. Le visitaba su esposa. Una mujer muy parlanchina e indescritiblemente afable. Todo lo que sabía sobre el señor Janković, lo supe de ella. "¡Qué enfermedad más terrible, perversa!" decía ella. "¡Esa depresión!"

10.3.2016.

Me siento... La angustia no cede. Tengo miedo. Y me siento solo. Únicamente la escritura me lleva a un estado aceptable. ¡Escribir!

Reflexiono mucho sobre la infancia. Debería todo eso... Los interiores de techos altos. Las paredes cubiertas de reproducciones oscurecidas del siglo diecinueve de los cuadros conocidos de la pintura de temas históricos croatas— El renacimiento de la Literatura y Artes Croatas, Ejecución de Matija Gubec, La despedida de Katarina y Petar Zrinski, La llegada de los croatas al Adriático. La bicicleta. Y un río. Las voces infantiles en la calle. Alrededor de mi un círculo y allí fuera...